

EL IMPACTO DE LA ACTUACIÓN MILITAR EN EL ÁMBITO HUMANITARIO

Transcripción de la ponencia de Jordi Raich

Coordinador de proyectos humanitarios y escritor (www.jordi-raich.com)

Intentaré dar una visión desde el terreno, aprovechar mi experiencia de cómo he vivido los últimos 20 años de intervenciones humanitarias o militar-humanitarias. Procuraré también algo que he intentado a lo largo de toda mi trayectoria: no hablar únicamente de los militares y de los gobiernos, sino criticar también a las ONG y a nosotros mismos. A menudo, resulta muy fácil criticar a los otros actores, pero no hacemos una crítica sobre nuestro trabajo. En un tema tan complejo como este, tiene que haber siempre un equilibrio.

Antes de empezar, querría hacer una clarificación: cuando hablo de ONG o de ejércitos, no estoy necesariamente pensando en ONG españolas o en el ejército español. Me gustaría dar una visión global. He tratado de dividir la presentación en cinco capítulos a los que he intentado poner un título. Habrá repeticiones, hasta cierto punto inevitables, pero intentaré pasarlas rápidamente.

La solidaridad envenenada

Este capítulo quiere cubrir brevemente cómo se han desarrollado las relaciones recientes entre militares y humanitarios. Durante el siglo XX, cooperantes, humanitarios, filántropos y soldados han coincidido en un mismo escenario. Un escenario que para los soldados era campo de batalla y para los humanitarios espacio de humanidad. Pero esa frontera entre campo de batalla y espacio humanitario, que quizás estaba antes mejor definida, se ha ido difuminando a lo largo del siglo XX. Especialmente, durante las décadas de los años 1970 y 1980, cuando hubo un boom de ONG. Se creó un gran movimiento de ONG laicas, aconfesionales, que ya no respetaban -o que decían que no respetarían- el principio de soberanía e intervenirían en países en guerra sin permiso de los gobiernos. Se formaron muchas ONG que fueron a trabajar en los conflictos, entonces denominados periféricos, en África y Asia, donde se enfrentaban las dos grandes superpotencias. Fue aquí donde hubo también un incremento de contactos entre estas diferentes fuerzas.

Los otros puntos de inflexión, y ya se ha dicho varias veces durante las Jornadas, fueron el fin de la Guerra Fría en el año 1989 y el nacimiento de la guerra contra el terrorismo a finales del año 2001 y principios de 2002. Este periodo entre la defunción de la Guerra Fría y el nacimiento de la guerra global contra el terrorismo es crucial, porque creó una suerte de desorientación geoestratégica mundial que convirtió la ayuda humanitaria en una estrella de las relaciones internacionales.

Fue precisamente en esa época cuando apareció la famosa Resolución 688 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que dio luz verde a una operación que se denominó *Provide Comfort*. Se trataba de una operación para asistir a más de un millón y medio de kurdos en el norte de Iraq, estoy hablando de la primera guerra de Iraq. Esto se hizo tras la operación denominada Tormenta del Desierto, totalmente bélica, contra Saddam Hussein. A través de la Resolución 688, por

primera vez un organismo internacional usaba oficialmente la solidaridad como pretexto. Hasta entonces todo había sido intromisión en la soberanía. Por primera vez se usaba la caridad como justificante para una intrusión hostil en otro país. De todas maneras, la *Provide Comfort*, esta supuesta intervención humanitaria, en realidad más que ayudar a los kurdos, lo que pretendía era evitar su éxodo a Turquía y complacer así al gobierno de Ankara, que tenía mucho miedo de un flujo masivo de kurdos hacia su territorio. Esta ingeniosa forma de injerencia significó el debut de un actor inverosímil: el militar humanitario.

A partir de aquí, fueron básicamente la ONU y los Estados los que convirtieron la ayuda humanitaria en pieza clave de la política exterior. Pieza clave que unas veces sirvió para justificar la inacción, como en el caso del genocidio de Ruanda, y que en otros casos sirvió para justificar la violencia militar, como en el caso de la operación en Kosovo a la que se tildó, literalmente, de “guerra humanitaria”. Uno de los ejemplos más clásicos que todos recordaréis de esta perversa mezcla de ayuda humanitaria y armas fue la invasión de Afganistán tras el 11 de septiembre, ahora hace apenas cinco años: la famosa mezcla de bombas y comida que el Pentágono orquestó en Afganistán. En una fase inicial de la ofensiva, se pararon todos los programas de ayuda. Debido al bombardeo, nadie podía trabajar y muchas ONG evacuaron. Exactamente igual a lo ocurrido en Somalia en el año 1992. Y lo que se hizo después, con la excusa de que se tiraba comida, fue cerrar las fronteras de Afganistán, tal y como se hizo en el Kurdistán en 1991, impidiendo que la población pudiera salir. Este sellado de las fronteras impidió que las ONG accedieran a las víctimas y que las víctimas accedieran a las ONG. Fue una de las violaciones del derecho más flagrantes cometidas en esta campana bélica.

El presidente George Bush nos explicó muy bien la receta que se había preparado y que a partir de ahora gobernaría parte o todas las acciones militares: “El oprimido pueblo de Afganistán conocerá la generosidad de América y de nuestros aliados. Al tiempo que bombardeamos, también lanzaremos comida, medicamentos y provisiones a los hambrientos y atormentados hombres, mujeres y niños de Afganistán”. Evidentemente, se trataba de una generosidad envenenada, porque no entendía que lo más generoso no era lanzarles comida, lo más generoso hubiera sido no matarlos y dejarlos salir -como les otorga el derecho- por las fronteras de Pakistán para ser atendidos por las organizaciones humanitarias.

Hay otra cita de Colin Powell (que ya ha salido por cuarta vez en este debate). Como el Sr. Bush, el Sr. Powell dejó muy claro que los tiempos habían cambiado y que el siglo XXI sería muy diferente. El Sr. Powell aun no se ha dado cuenta de la marca que ha dejado en la conciencia humanitaria en todo el mundo. Declaró: “El terrorismo amenaza a las ONG que defienden las fronteras de la libertad y las ONG son fuerzas multiplicadoras y parte esencial del equipo de combate de los Estados Unidos”. Esta es una cita que nos ha traumatizado tanto que casi sugeriría que el año que viene le invitéis para que le podamos pedir entre todos explicaciones sobre qué quería decir con esto y que se dé cuenta de la clase de angustia que nos ha provocado. Estoy dispuesto a contribuir para pagar su caché.

¿Humanitarizar o militarizar?

La convivencia que he comentado antes entre humanitarios o cooperantes y soldados ha estado acompañada de dos procesos. Por un lado, un cierto grado de militarización de las ONG y por el otro, un claro grado de humanitarización de los ejércitos. Lo que desencadenó esta militarización de las ONG fueron sobre todo las exigencias de responder a las guerras periféricas. Lo que ha desencadenado la humanitarización de los ejércitos ha sido el fin de la Guerra Fría. Ante esta necesidad de dar una respuesta más rápida y más eficaz, las ONG empezaron a profesionalizarse. Y, si miramos como lo han hecho, nos daremos cuenta de que muchas ONG han adoptado muchas técnicas militares, sobre todo cuando se trata de hacer llegar, en cuestión de horas, comida a un lugar aislado o concreto. Es decir, la logística: uso de teléfonos satélite, de radios HF, sistematización de la recogida de información, jerarquización dentro de sus propios proyectos, que casi funcionan como mandos militares, etc. Muchas organizaciones tienen toda una serie de mandos y galones que te hacen sentir prácticamente que estás haciendo la mili. A esto se añade la utilización de medios militares para sus proyectos: aviones, helicópteros, escoltas militares armadas, cascos, chalecos antibala y toda una serie de medios militares que se han ido incorporando. Y hay una cosa que me disgusta mucho de las ONG: estamos incorporando también la hipocresía lingüística que usan los militares.

Militares y cooperantes cada vez usamos un lenguaje más críptico y más deshumanizado. Escuchad cómo hablamos en ciertos congresos y os daréis cuenta de que cada vez hablamos menos de personas, de altruismo, de generosidad, de compasión. Cada vez hablamos más de beneficiarios, planificación, objetivos, presupuestos, evaluaciones, informes, indicadores y estrategias de salida. Por su parte, los ejércitos se han ido humanizando, básicamente en su imagen y en su acción. Curiosamente, los militares han entrado en este proceso primero deshumanizando el discurso y las imágenes. La mayoría de guerras se caracterizan ahora por el hecho de que no hay imágenes de guerra. Se trata casi siempre de unos videos oscuros en los que se ve unas luces verdes de no sabemos dónde, o un video gris donde se intuye que hay algo y de pronto se ve una explosión, siempre sin sonido. Esto siempre me ha sorprendido mucho. Es otra manera de deshumanizar, de estandarizar la imagen. Con respecto al lenguaje, en las guerras del siglo XXI no hay muertes civiles, hay daños colaterales. Los muertos civiles han desaparecido. Otras cosas que se utilizan para esterilizar el lenguaje es hablar de “zona de acción” y no de campo de batalla; de “intervención especial” y no de asalto; de “contacto” en vez de tiroteo; de “baja por fuego amigo” en vez de decir que tu propio ejército te ha matado; de “situación fluida” por no decir caótica; “neutralizado” por no decir asesinado. Esto se denomina *efecto Walt Disney*. Consiste en dar una imagen de la realidad que la infantiliza para que a todos nos resulte menos chocante y más fácil de digerir.

Los ejércitos humanitarios también humanizan su acción, y aquí si que el entorno evoluciona a una velocidad brutal. En el año 1992, fuerzas armadas invadieron Somalia para proteger -al menos este era el motivo oficial- las actividades de las ONG. En el año 1999, la OTAN invadió Kosovo con lo que denomino una “guerra humanitaria”. En este caso, los soldados montaron una serie de campos de refugiados en los que ellos mismos gestionaban la distribución de la comida, del agua, de la ayuda, y después invitaron a las ONG a trabajar. El cambio que se hizo en muy pocos años es enorme. A principios de los años 1990, los ejércitos

apoyaban los proyectos de las ONG: Somalia. A finales de la misma década, las ONG apoyaban los proyectos humanitarios de los ejércitos: Kosovo.

Ahora bien, si unos se militarizan y otros se humanizan, habrá un punto intermedio donde se puedan encontrar. Éste es el debate que hay ahora, y probablemente la razón por la que existen seminarios como este. ¿Cómo se resuelve este punto de encuentro en medio? Por el momento, no está resuelto y no sé si se resolverá nunca. Pero todos estamos inmersos, tratando de ver quién hace qué, cual es la relación entre los diferentes actores y cuáles son las competencias de cada uno.

Ni contigo ni sin ti

Uno de los pretextos militares favoritos para justificar las operaciones compasivas es que las guerras no son como las de antes, entre ejércitos claramente definidos y que las ONG son demasiado pequeñas para hacer frente a los conflictos que la post Guerra Fría plantea.

No les quito razón en eso de que las ONG son pequeñas y poco profesionales y que les faltan recursos. Muchas ONG son muy buenas, pero no tienen los medios para llevar a cabo estas grandes acciones. Ahora bien, yo no acabo de creerme -lo siento mucho- que antes morían pocos civiles y muchos soldados y ahora mueren muchos civiles y pocos soldados. Los civiles han muerto siempre. Con lo que estoy de acuerdo es que ahora mueren menos soldados, cada vez menos.

Este nuevo interés por ayudar a las ONG porque son demasiado pequeñas para hacer sus proyectos resulta algo sospechoso. Durante la Guerra Fría también había matanzas de civiles, en las guerras periféricas en Angola, en Mozambique, etc. Entonces a los ministerios de defensa occidentales les importaba muy poco las muertes de civiles y las limitaciones materiales de las ONG, que también existían. Incluso tenían más limitaciones materiales que ahora. Intentemos situarnos en escena. Imaginémonos que somos un grupo de ONG que estamos en cualquier lugar del mundo, en África o donde queráis y, de repente, se anuncia que se acerca una operación militar humanitaria. ¿Qué es lo primero que hacemos las ONG? Pelearnos. Eso es lo que siempre hacemos. He tenido la suerte de asistir a muchas de esas reuniones multitudinarias, con las cincuenta ONG presentes en el país intentando ponerse de acuerdo sobre qué postura tomar ante la llegada de los militares. Resulta auténticamente patético vernos intentando ponernos de acuerdo en un comunicado de prensa común, sobre si estamos de acuerdo o no lo estamos. Nunca nos ponemos de acuerdo, porque cada ONG quiere preservar su identidad y porque cada ONG quiere su propio comunicado de prensa: “yo no firmo un comunicado de prensa con la otra gente”. Estoy hablando del terreno, en medio de África, al lado de los refugiados. Muchas ONG están a favor de una intervención militar, y me parece del todo respetable. Hay muchas que hacen llamamientos a los gobiernos, a sus gobiernos para que envíen tropas. Característicamente muchas de estas ONG no están en el terreno. Hacen llamamientos para que su gobierno envíe tropas y se enganchan a su ejército, lo siguen hasta el escenario del conflicto como si fueran un destacamento y llevan a cabo actividades con los fondos que genera la publicidad mediática y con el apoyo de la logística militar. De hecho, es una forma muy fácil y muy rápida de tener proyectos y recaudar dinero y socios y de hacer propaganda. Hay muchas ONG que lo hacen. La mayoría de estas ONG se van

cuando las tropas se retiran, porque no tienen ni el dinero, ni la estructura, ni la capacidad, ni la experiencia para sobrevivir sin aquellas tropas. Que haya gente que siga pasando hambre o que continúe habiendo refugiados cuando se va el ejército no cuenta en la decisión de irse de estas ONG. Este fenómeno se da bastante en Europa, pero es un comportamiento mucho más, creo yo, norteamericano. Una de las razones principales es que en Estados Unidos la mayoría de ONG tiene fondos que provienen del Estado y por eso están muy vinculadas. Tienen muy poca capacidad de decisión y de movimiento para enfrentarse al Estado. Influye igualmente que en Estados Unidos criticar al ejército es considerado antipatriótico y puede causar también una pérdida de donantes. También afecta el hecho de que se trata de una sociedad que tiene más de 192 millones de armas y donde solucionar las cosas a tiros no está tan mal visto. Y, finalmente, me he encontrado con muchas ONG americanas dirigidas por ex-militares. El humanitarismo en Estados Unidos a menudo se ve como una actividad a la que te dedicas cuando te retiras, cosa que me parece muy bien porque es una buena ocupación. Una persona puede aportar toda su experiencia vital en una ONG. Pero a menudo hay ex-militares que fundan ONG y que tienen todo el interés del mundo en ir con su ejército.

Al otro lado del Atlántico, la división no es tan clara. Evidentemente, estoy categorizando para dar grandes rasgos. Las ONG europeas no somos mejores, seguimos mucho la línea del *Viejo Continente*. Somos capaces de debatir temas filosóficos y legales durante días y días, pero acabamos con dilemas morales interminables que nos llevan a contradicciones e incongruencias de todo tipo. En Somalia, Haití, Ruanda, Liberia y el Congo hemos visto a muchas agencias apoyar o pedir intervenciones militares -hablo de intervenciones militares bajo el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas que autoriza el uso de la fuerza- para después criticarlas cuando han recurrido a la violencia. ¿Pero qué esperaban de un ejército?

Las ONG europeas también son famosas o tienen mucha experiencia en protestar por la intromisión de los militares en el campo solidario y en decir a todo el mundo que la solución está en la *comunidad internacional*, que la solución es política. Y, curiosamente, -esto lo viví varias veces en Liberia, Sierra Leona y Somalia- piden una solución política y después critican a la ONU por ser demasiado política y muy poco humanitaria. Otro clásico, y si yo fuera militar me desesperaría, es que los criticamos tanto por no intervenir como por intervenir. Si no intervienen, porque no intervienen y si intervienen, porque lo hacen. Si yo me pusiera en los valores de un militar supongo que me incordiaría bastante. De todas maneras, es verdad que esta no es la tendencia. La tendencia es que cada vez hay más ONG que colaboran con los militares. En el mundo hay muchos centros especializados en esto. Por ejemplo, el Pearson Peacekeeping Center de Canadá, que precisamente está pagado por el Ministerio de Defensa de ese país para promover maniobras militar-humanitarias a las que están invitadas las ONG. Hay otro centro de estudios similar en Pensilvania, en Estados Unidos. En este país también hay un grupo que se llama InterAction. Se trata de una coordinadora que agrupa a más de 160 ONG de emergencia y desarrollo con base en Estados Unidos. Son muy activos a la hora de promover la colaboración entre los ejércitos y los cooperantes.

Pero mi experiencia preferida es la siguiente: en el año 1993, cuando acababa de empezar la intervención militar en Somalia, una empresa de venta de armas canadiense que celebraba regularmente una feria de muestras de venta de armas

denominada ARMX, tuvo la genial idea de rebautizar la feria de armas como *Peacekeeping*, mantenimiento de la paz. Era una época de euforia con este nuevo movimiento en el que los ejércitos se dedicarían a tareas humanitarias. Un montón de ONG participaron en esta feria. Se podía encontrar un vendedor de armas ofreciendo lo último en cohetes guiados por láser y al lado una ONG ofreciendo su boletín para hacerse solidario. De todas maneras, no soy yo nadie para decir si estos encuentros están bien o mal. Desde una perspectiva práctica, tanto si nos gusta como si no, sargentos y samaritanos acabarían encontrándose en el terreno. Entonces, quizá es mejor que nos conozcamos tanto como sea posible para al menos pelearnos con conocimiento de causa.

En la realidad del terreno, las cosas son más difíciles. Rodeados de refugiados, desnutridos y combatientes, a soldados y cooperantes nos cuesta entendernos. El militar ve adversarios y peligros por todos lados. El militar no se mezcla con los habitantes de las poblaciones y solo sale de su campamento y de su base para ejecutar una incursión concreta planeada al milímetro. El militar tiene dos prioridades: cumplir la misión asignada y volver a la base con vida. El cooperante es mucho más inconsciente del riesgo. El cooperante pasa el día en el centro de salud, come en el mercado, va a las discotecas del pueblo, toma cervezas con la gente local y vuelve a casa a las tres de la madrugada después de una noche de fiesta. No es de extrañar que militar y cooperante tengan una visión muy diferente de lo que les rodea y una visión muy diferente de cómo son las personas a las que, en teoría, se está ayudando. Los militares -y esto lo hemos discutido mucho con los buenos amigos militares que he hecho en estos años- consideran que, en general, las organizaciones de ayuda están desorganizadas, que no tienen líneas de actuación claras, que los cooperantes expatriados son demasiado jóvenes para los puestos de responsabilidad que ocupan, que trabajan poco y que se divierten mucho. Por otro lado, los humanitarios acusan a los militares de prepotentes, de decirle a todo el mundo lo que se debe hacer, de no tener criterio propio y de desconocer la historia del lugar donde están. También critican, con cierta razón, que las fuerzas armadas se entrometan en un terreno que desconocen y que no es el suyo: el de la acción humanitaria.

Hay muchas ONG que, viendo el panorama, intentan desmarcarse porque, evidentemente, en medio de una guerra en la selva, puede ser muy peligroso que te consideren un soldado. Durante la guerra de Iraq, un grupo de ONG británicas firmó un documento rechazando dinero del gobierno británico considerando que era imposible que un ejército como el inglés, en este caso implicado en las hostilidades, pudiera al mismo tiempo dispensar asistencia sin ánimo de lucro de forma imparcial. Pero estos son casos aislados, porque a la hora de la verdad resulta muy difícil por parte de muchas ONG desmarcarse de las fuerzas militares. Sobre todo, y como he dicho antes, cuando usan aviones, helicópteros y escoltas militares para transportar personal y material, cuando usan guardas armados, o cuando contratan ex-militares para sus departamentos de logística.

Hay muchos antiguos militares que pasan a trabajar en ONG, y me parece muy bien. Muchas veces es mucho más fácil trabajar con un antiguo militar que con un cooperante civil. Son gente muy organizada y con mucha experiencia. Van al grano y no te hacen perder el tiempo con conclusiones filosóficas que no llegan a ninguna parte. También hay personas, y de estas he conocido algunas, que no han podido

ser militares y pasan a ser cooperantes. Les gustan las armas, están suscritos a revistas de armamento, les encantan los cuchillos de supervivencia, las brújulas e ir vestidos de camuflaje. Hasta el punto que muchas ONG en sus reglas de conducta prohíben usar camisetas de camuflaje. De todas formas, no creáis tampoco que todo son peleas. En las reuniones oficiales -normalmente es clásico que nos peleemos en la reunión oficial- el soldado dice una cosa, yo digo otra, nos decimos las cosas claras a la cara, y después nos encontramos en las fiestas. Porque en medio de cualquier guerra, en medio de cualquier hambruna, en medio de cualquier *tsunami*, hay fiestas, y muchas. Y en las fiestas es donde cooperantes y militares coinciden y es, probablemente, el mejor momento para conocernos el uno al otro. El único problema que me he encontrado yo en esas fiestas en diferentes lugares, concretamente ahora que he vuelto de Palestina, y en Somalia, es que se forman parejas cooperante-militar. Ella cooperante, el militar. El caso contrario es escaso, por motivos obvios. Esto provoca bastantes problemas de conciencia a la parte no gubernamental, y no pocos problemas para mí, que tengo que gestionar toda esa clase de asuntos desde el punto de vista institucional.

De todas formas, el choque entre una y otra es en cierto modo inevitable, porque hablamos de especies muy diferentes. Frente a las acusaciones de intrusismo profesional, los soldados no entienden muy bien de que les estás hablando. Básicamente, no soportan que alguien ponga en entredicho la utilidad de la tarea que están haciendo y se limitan a repetir como loros que ellos solo cumplen órdenes o que es el Gobierno el que les envía, cosa que desespera totalmente al cooperante, eterno rebelde. Es un choque entre dos culturas corporativas irreconciliables. En el ejército nadie opina y muy pocos deciden. En las ONG todo el mundo opina y no decide nadie.

Sálvese quien pueda

Visto lo comentado hasta ahora, es obvio que una acción militar de carácter humanitario tiene muchos efectos en el trabajo que se hace en el terreno. Intentaré ahora categorizar para hacer una especie de resumen. Para empezar, una intervención militar humanitaria aumenta la división ya existente entre las ONG y complica todavía más la coordinación de la ayuda humanitaria. La complica porque los militares son un nuevo actor muy fuerte, muy poderoso que secuestra la coordinación. Nos guste o no, establece sus propios mecanismos de coordinación. Los militares son expertos en usar la división interna ya existente entre las ONG para dividir las todavía más. Siempre habrá ONG sin recursos y sin dinero que en seguida saltarán al avión militar con el objetivo de poder salir delante de la cámara.

Aquí también influye mucho la cantidad de ONG dirigidas por ex-militares. Pongo como ejemplo de multiplicación del número de ONG en operaciones donde se implican los militares un caso real: Liberia. La guerra que los liberianos denominan las "tres guerras mundiales" del verano de 2003, cuando los rebeldes ocuparon por tres veces consecutivas la capital, Monrovia. Antes de la primera "guerra mundial" éramos escasamente cinco o seis ONG. Tras la tercera, cuando llegaron todos los soldados de la ONU, había más de 300. La inmensa mayoría eran muy pequeñas, seguían al ejército y no tenían ninguna experiencia en un país de este tipo. Esto provocó que las reuniones fueran realmente inmanejables y prácticamente se convirtieran en una clase de subasta, de dónde se tenía que ir para hacer qué.

Otro de los efectos es que -y con esto quizá contesto a una de las preguntas del seminario aumenta la inseguridad. Todos hablan mucho de que los ejércitos proporcionan seguridad para que las ONG puedan trabajar en una zona muy concreta en la región en la que se han desplegado. Pero en el resto del país la inseguridad aumenta de forma escandalosa, porque lo primero que hacen los guerrilleros y todos los criminales es irse de la zona donde se ha dado el desembarco para conquistar el resto del país donde no hay nadie. En cierto modo, esto tiene también un efecto de atracción de la población de esas zonas que se desplaza hacia las áreas controladas por los ejércitos extranjeros. Los ejércitos no ocupan todo el país por dos motivos: el primero, las limitaciones de recursos humanos y económicos, y el otro, el miedo a morir. Los soldados son humanos y no quieren morir.

En estas reuniones, el miedo a morir es una de las grandes razones que dan a menudo los ejércitos y que saca de quicio a las ONG. Por ejemplo, en Monrovia cuando las ONG dijeron a los soldados: "Tenéis que asegurar el puente del río a la salida de la capital porque es nuestra línea vital para poder pasar los suministros", ellos contestaron: "No podemos hacer esto porque es demasiado peligroso, nosotros también tenemos mujer e hijos". Se trataba de un puente utilizado por las ONG a diario pese al riesgo, pero por el que los soldados no querían pasar porque era demasiado peligroso para el ejército.

Otro efecto es que los militares utilizan su despliegue para controlar la ayuda. Esto pasa también en muchas de esas reuniones en las que tenemos discusiones con ellos. Tú, como ONG, tienes unos proyectos determinados en las ciudades A, B y C. Cuando los soldados llegan, sólo se establecen en A, y entonces lo que hacen es promover que todas las ONG vayan a A. Si tú tienes un proyecto en B te dicen "desmantélalo, ven a A que es la única zona segura". Es muy sutil, pero de esta manera controlan la distribución de la ayuda, controlan quién recibe la ayuda y quién no. Al final es muy perverso que la ayuda humanitaria se distribuya en función de la seguridad y no en función de las necesidades. Los ejércitos dan ayuda de mala calidad porque practican una ayuda basada en el imperativo humanitario que promulga que salvar vidas es lo más importante de todo. Lo siento, pero en muchas ocasiones salvar vidas no es lo más importante sino que lo más importante es acabar con el conflicto. Como ONG hay ocasiones en las que debes dejar morir a algunas personas para salvar a muchas otras. El imperativo humanitario que asegura que cualquier cosa que hagas para salvar una vida vale la pena es erróneo.

Por otro lado, el ejército regala arroz sin hacer estudios nutricionales; monta hospitales para operar a gente de cáncer cuando los mayores problemas son las diarreas; instala motobombas en los pozos para sacar el agua en vez de utilizar cubos, sin prever quién pagará el combustible ni de dónde saldrán las piezas de repuesto cuando se estropeen; reparte medicamentos sin seguir los protocolos de sanidad; apenas proporciona formación a las víctimas y ni se le pasa por la cabeza pensar en la continuidad o la sostenibilidad de los proyectos. Básicamente, los reclutas curan y alimentan a las poblaciones los meses que dura su invasión particular. Después, recogen los trastos y se van con la conciencia tranquila, convencidos de haber hecho un gran trabajo.

Otro efecto es que estas intervenciones militares dificultan el acceso a las víctimas, no lo facilitan. Por ejemplo, los soldados uniformados que reparten comida en Kabul desde vehículos militares de camuflaje son los que, más adelante, vestidos de civil, con un coche blanco, las armas escondidas y haciéndose pasar por cooperantes, pasearán por las calles de Kandahar en busca de información. Evidentemente, esto dificulta el trabajo de los cooperantes, porque, como nos ha pasado muchas veces, las poblaciones rechazan la ayuda que necesitan porque no se fían de nosotros, porque creen que somos soldados camuflados, porque la línea entre lo que es humanitario y lo que es militar se difumina por el abuso de la inmunidad y la proximidad a la víctima que te da el trabajo humanitario.

Y, finalmente, otro efecto derivado del anterior: la percepción entre la población de que las ONG han perdido toda neutralidad e independencia también aumenta el peligro para los cooperantes. Cuando los militares matan con una mano y hacen tareas humanitarias con la otra, la ayuda pasa a formar parte de la lógica bélica y el acto humanitario a menudo pasa a ser visto por las partes enfrentadas como un acto de guerra. Esto quiere decir que las ONG, en cierto modo, han entrado a formar parte de la estrategia rebelde, de la estrategia terrorista, sencillamente porque los ejércitos y los políticos las han integrado en su estrategia militar y en su estrategia antiterrorista. Esto ha provocado, por lo tanto, la percepción de pérdida de la neutralidad e independencia de las ONG, hecho que en muchos países ha ocasionado que los combatientes consideren a los humanitarios un objetivo militar legítimo. Estoy hablando de la percepción que la gente tiene: se nos considera objetivo militar legítimo porque vamos con los militares.

¿Salvar al máximo o matar al mínimo?

Pero, después de todo: ¿a qué viene tanta controversia? ¿A qué viene tanto debate? ¿Es que quizás los militares no pueden dedicarse a tareas humanitarias? ¿Es que las ONG tienen la exclusiva de la ayuda humanitaria? No. Ni las ONG ni los cooperantes -aunque a veces nos lo creamos- tenemos la exclusiva del acto humanitario ni de la compasión ni de la caridad. Ahora bien, por definición lo que las fuerzas armadas hacen no es salvar vidas, sino intentar limitar el número de muertes, sobre todo entre sus propias filas. Y matar a poca gente es muy diferente a salvar vidas, aunque muy a menudo se mezcla una cosa con la otra. El paradigma de esta farsa es esta combinación de la que he hablado antes, de balas y arroz, que equivale básicamente a defender primero a las víctimas y matarlas después o, para tranquilidad de nuestras conciencias, matarlas con el estómago lleno.

La acción humanitaria contemporánea no es humanitaria porque esté reservada a los humanos. Es humanitaria por los principios que la motivan. Los soldados pueden socorrer civiles si quieren, ¿quiénes somos nosotros para impedirlo? Pero lo que es ilegítimo es calificar esta ayuda de "humanitaria", porque los preceptos morales que están detrás de las actividades de los ejércitos y de las actividades de las ONG son opuestos. Las decisiones bélicas están supeditadas al dictado del interés nacional y la salvación de vidas no es un *objetivo* del interés nacional, es una *consecuencia* del interés nacional. Por eso no se puede considerar ayuda humanitaria. Porque la motivación única de ésta es la protección de la vida en sí, mas allá de consideraciones políticas, sociales y religiosas. Todo esto sin olvidar un asunto

práctico: muchas de estas intervenciones militar-humanitarias acaban siendo computadas como ayuda al Tercer Mundo, cosa que resulta bastante rentable.

También hay un toque de atención a las ONG. Si un ejército es un instrumento al servicio del interés nacional determinado por los políticos en el poder, una ONG es un instrumento al servicio de los intereses solidarios, no siempre inteligentes, de la sociedad que la sostiene con sus donativos. Las ONG también son poderes fácticos y manipulan los hechos y la información igual que los políticos y militares a los que tanto critican.

A pesar de toda esta discusión, la verdad es que poco de esto me escandaliza. Lo que más me molesta no es esta mezcla y confusión interesada de las normas éticas, que tiene como finalidad última la utilización del humanitarismo para mostrar una cara benévola de las políticas de intervención estatal y de la violencia. Lo que a mí realmente me resulta escandaloso es que, a través de los principios humanitarios, gobiernos, ejércitos y muchas ONG también eluden sus responsabilidades y aceptan como inevitables y naturales las matanzas de civiles inocentes.

Y las matanzas de civiles ni son naturales ni son inevitables.